

LAS AUTORAS HAN DONADO SUS BENEFICIOS —Y UNARIA EDICIONES OTRO
TANTO— PARA LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA CONTRA EL CÁNCER.



CORAZONHADAS



Primera edición: Diciembre 2016

Textos

Ana Álvarez, Bela Marbel, Catherine Roberts, Chus Nevado, Helena Nieto, Laura Morales, Lola Sánchez, M. Carmen Castillo, Menchu Garcerán, Mercedes Perles, Nieves Hidalgo, Teresa Cameselle y Yolanda Quiralte.

Prólogo

Rosario Raro

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones
www.unariaediciones.com
hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-944811-9-2

Depósito legal

CS 865-2016

- © De los textos: sus autoras
- © De las imágenes: sus autores
- © De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A todos los guerreros convertidos en alma.
Vuestra lucha, dignidad y amor siguen aquí.*

CORAZONHADAS

Ana Álvarez
Bela Marbel
Catherine Roberts
Chus Nevado
Helena Nieto
Laura Morales
Lola Sánchez
M. Carmen Castillo
Menchu Garcerán
Mercedes Perles
Nieves Hidalgo
Teresa Cameselle
Yolanda Quiralte

ROSARIO RARO

PRÓLOGO

*Para Carmen De La Cruz, Ana Soro, Juanjo Chinchilla
y David Díaz Mundina.*

El pecho destapado, tapado, las rozaduras, las cremas, los pezones desenroscados y enroscados después. Vuelve aquel éxito de 1977 de Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina: «tus perjúmenes, mujer», durante esta fiebre que altera el vocabulario.

Mamografía: madre transparente, escrita por los rayos X.

Ecografía: el eco impreso de unas dunas.

Biopsia: el muestrario de tejidos no textiles, tu carne frente a tanto trabajo de costura. Rosa mosqueta para borrarla.

Anatomía patológica: el ansia de cambiarle el adjetivo. El brazo levantado ante el espejo, con la mano sobre la frente, como una visera bajo la que ver si aún queda un poco de futuro o se ha gastado todo y ya no hay salvas.

Resonancia: reconocerse en los otros, en las mismas salas de espera, bajo las gomas.

A los ganglios centinelas se les inyecta tinta azul para que se manifiesten, para que digan su santo y seña: los rezos y las marcas del después.

La sentencia del oncólogo: «de los aproximadamente cuarenta tipos que hay, este es de los más agresivos».

Y una oración sagrada grabada en tu voluntad: «esto es muy duro, pero hay que pasarlo», una invocación, el conjuro del que ex-

traer las fuerzas de flaqueza. Palidez lunar. Radio ya no es la radio, la quimio invade: la peluca, las cejas pintadas por aproximación, la simetría buscada tiembla.

El corazón al descubierto, en carne viva y el alma en vilo extendidos sobre el calendario de todo 2015. La despedida al acecho, espada péndulo: los afectos condensados, las palabras directas, sin fórmulas.

El reloj en contra.

De vez en cuando, el disimulo, no contarle, buscar oasis en la batalla antes de cada trance.

Y la tercera frase: «la esperanza no puede perderse ni siquiera en último lugar». Así fue: la esperanza no se perdió, encontró el camino de regreso a casa, a la extrañada y gloriosa normalidad.

Ya preparábamos la fiesta cuando de nuevo la misma sombra volvió a proyectarse y con ella la incertidumbre, el corazón en un puño, la desazón, la necesidad de hacer acopio de energías y de sonrisas. De nuevo: la fortaleza puesta a prueba.

Este es mi prólogo. En él, mi acción de gracias incluye también a Virginia Molina, ejemplar e imprescindible. Su anteposición de los otros es la lección más persistente. Imborrable.

Muchas de estas sensaciones, vivencias y desgarros que relaciono están en estos relatos que siguen y quedan en la mente e incluso más adentro.

Cuando se agote esta edición, se reeditarán. Entonces, Amelia Díaz Benlliure me permitirá reescribir estas líneas para contar que los que ahora mismo atravesáis las tierras calcinadas del cáncer os habéis curado.

Mucho ánimo.

Os sé vencedores.

Es una corazonHada.

Rosario Raro



ANA ÁLVAREZ

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó durante un tiempo. Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.

Durante años, estas novelas permanecieron en un cajón hasta que, animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.

En la actualidad tiene publicadas cinco novelas en digital y una de ellas también en papel: *Miscelánea*, *La Serpiente peluda*, *¿Solo amigos?*, *Luces y sombras* y, recientemente, *Arcoíris*.

VOLVER

María caminó despacio por la gravilla suelta del sendero que llevaba hasta el río. Había vuelto al pueblo que abandonó en su juventud después de veinte años, y lo primero que le comunicaron nada más poner el pie en la plaza donde tenía la parada fue la muerte de su amiga Rocío tres años atrás, en un accidente de tráfico.

No había tenido noticias de ella desde su marcha, salvo una invitación de boda cinco años después de su partida anunciándole que se casaba con Eduardo, el que fuera su vecino y mejor amigo y a quien rompió el corazón cuando se fue. Pero se había enamorado perdidamente, como solo se puede uno enamorar a los dieciocho años, de un forastero que había pasado las vacaciones en el pueblo y al que siguió sin pensárselo dos veces, a pesar de la mirada desolada de Eduardo cuando se lo dijo. Si alguna vez había tenido dudas de los sentimientos de su amigo hacia ella se disiparon en aquel momento, pero estaba enamorada y solo pudo darle un beso de despedida y decirle adiós.

Llegó al final del sendero y torció hasta la zona más abierta, donde solían sentarse los tres amigos a pasar las horas tórridas de verano o darse un chapuzón, a pesar de las corrientes. Y donde le habían dicho que esparcieron las cenizas de su amiga. Permaneció allí un rato en silencio, sentada sobre la hierba, lamentándose por no haber estado

en su funeral, pidiéndole perdón mentalmente por haber permitido el distanciamiento, y supo que donde fuera que estuviese, Rocío la entendía y la perdonaba. Rocío siempre lo perdonaba todo.

No escuchó ningún sonido, la hierba amortiguó los pasos, pero ella supo que estaba allí. Intuyó su presencia, su mirada clavada en la espalda, y se volvió.

—¿Edu? —preguntó cautelosa al hombre que la contemplaba en silencio a unos metros de distancia. Él asintió con la cabeza. Sus miradas se encontraron y quedaron prendidas.

Poco quedaba del joven delgado y lampiño de antaño: las largas piernas y la figura desgarbada habían dado paso a un cuerpo recio y fuerte, ancho de hombros. El pelo castaño tenía alguna cana en la sien, y unas ligeras arrugas le rodeaban los ojos. Ni siquiera estos eran los mismos, esos ojos alegres y vivarachos que recordaba tenían ahora una pátina de dolor y también un brillo de emoción. La misma emoción que la había sacudido a ella al reconocerlo.

Por un momento permanecieron mudos, contemplando los cambios que el tiempo había dibujado en ambos. Luego él le abrió los brazos y María, levantándose de un salto, corrió a refugiarse en ellos. Como había hecho siempre cuando algo la afligía. Los brazos de Edu eran refugio seguro.

El pecho fuerte y duro la recibió, y a pesar de la nueva corpulencia se sintió en casa. Él la abrazó, apretándola con fuerza, y con una de las manos le acarició el pelo. María hundió la cara en el hueco de su hombro, que ya no era huesudo. Permanecieron así un rato, incapaces de separarse, borrando con aquel abrazo veinte años de ausencia, hasta que al fin ella pudo controlar el nudo de su garganta y alzó la cara para buscar sus ojos. Vio chispitas doradas en los iris castaños, como le sucedía siempre que sentía una intensa emoción.

—¿Cómo has sabido...?

—¿Que estás en el pueblo? Alguien corrió a contárselo a mi madre en cuanto te bajaste del autobús, y ella me llamó enseguida.

—Quiero decir que cómo sabías que me encontrarías aquí.

Él esbozó una sonrisa que sí le recordó al Edu de siempre.



BELA MARBEL

Bela Marbel nace en Benalúa de Guadix, Granada, en la década de los setenta. En la actualidad reside en un pequeño pueblo costero de Alicante, con su marido y sus perros: Rock y Blues. Es supervisora en un Senior resort. En su tiempo libre colabora con Oxfam Intermón, ONG dedicada al comercio con justicia. Su pasión por los libros la lleva a escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de *Espirales en el ombligo* y *Última entrega*, sus otras novelas publicadas.

FUERZA INFINITA

El «bip» de la máquina estaba taladrándole la cabeza. Era imposible pensar o concentrarse, le estaba costando incluso respirar. Inconscientemente se llevó la mano al pecho; entonces se dio cuenta del lamentable estado de su camiseta y miró a su mujer a la cara.

Parecía tan indefensa, allí tendida en la cama... Claro que si algo no era Ariadna era precisamente eso. Ella era una tozuda y fuerte mujer a la que le gustaba jugar según sus reglas y que desafiaba a la vida, a la muerte y a la enfermedad con el mismo ímpetu con el que ponía a prueba los nervios de él.

Su ahora pelo corto y rizado estaba revuelto y enredado, un revoltoso rizo caía por su frente. La vio soplarlo para tratar de retirárselo y supo que se había despertado de la anestesia, más o menos.

—Te pones muy feo cuando arrugas la frente, cariño.

El alivio inundó todo su cuerpo. Le entraron ganas de ponerse a llorar como un crío, arrodillarse y darle gracias al universo, a Dios, al karma, a la ciencia o a quien fuera que se la hubiera devuelto. Pero sabía que ella le llamaría «idiota».

—Joder, nena. Te has despertado muy pronto. No quería que me vieras con esta pinta —le contestó, señalándose la ropa y rascándose la incipiente barba.

—Tranquilo, supongo que a mí no se me ve mucho mejor.

—Ya, pero tú siempre has sido la guapa de la pareja, y los guapos por naturaleza siempre lo estáis.

—Eso es cierto. Yo, guapa; tú, divertido.

—No. Tú, guapa; yo, inteligente.

—¡Ja! Que te lo crees tú... —le contestó, sacándole la lengua, gesto que él aprovechó para besarla.

Un beso que fue suave, tierno, dulce y maravilloso. Un beso que antes de la intervención no sabía si podría volver a disfrutar, y le gustaba. Cómo le gustaba. Así es que se demoró en su boca, se impregnó de su sabor y conservó cada uno de los matices en el palacio de su memoria para poder degustarlos cuando quisiera.

Su amada Ariadna, tan alta, tan fuerte, tan dinámica. Siempre tiraba de él, lo arrastraba a vivir aventuras imposibles, de esas que a él le daban pánico y a ella la hacían disfrutar al máximo, la ayudaban a sentirse viva. Y solo por ver la cara de plena satisfacción que lucía ella cada vez que la cuerda del *puenting* se bamboleaba, o cuando uno de esos peces que su esposa conocía tan bien le rozaba el cuerpo sumergido a gran profundidad en el mar, solo por eso merecía la pena el terror que él pasaba en todas y cada una de las locas aventuras que le hacía vivir.

—Te has comido un donut de chocolate —lo acusó ella.

—Cariño, me lo merezco, he tenido un día de perros.

—Los días de tus perros suelen ser bastante placenteros.

—Cierto. Rectifico: he tenido un día de... ummm..., de...

—«De mierda», cariño, la palabra que buscas es «de mierda».

—Eso.

—¿Ves cómo la inteligente, además de guapa, soy yo?

—Eres la malhablada.

—Cuéntame tu día de mierda, por favor.

—Todo empezó hace un par de años.

—Qué día más largo.

—Shhh, calla o no sigo. Por cierto, sabes como si te hubieras tragado un bote entero de colutorio.



CATHERINE ROBERTS

Catherine Roberts, escritora y empresaria nacida en Elche en 1981, crea historias breves sobre el papel desde pequeña, por pura necesidad. Tras sus estudios universitarios, comienza a escribir sus primeras obras largas. Sus novelas publicadas son: *El guardián de los secretos* de Versátil ediciones, *El despertar de Belle* de Kiwi ediciones, el cuento *El bosque prohibido*, de lectura en colegios, y en verano de 2016 es seleccionada semifinalista en el I Premio Romantic ediciones con su nuevo proyecto *Una buhardilla de París*.

Además, ha sido entrevistadora en radio y revistas literarias y conferenciante en entidades como Fnac, a raíz de publicar su primera novela, la cual tiene varios premios de blogs y votación popular.

Ganadora del I Premio Anuesca de relato, ha participado con varios de ellos en antologías solidarias de España, México y EE. UU., y ha conformado con siete de ellos la antología erótica *¿Cuál es tu fantasía? Relatos eróticos para irse a la cama*, de venta en Amazon, la cual fue Top ventas durante varios meses.

LAS CINTAS PLATEADAS

Danna siempre había pensado que enfrentar la muerte era un acto de terror. Se había imaginado aterrada, acurrucada, atenazada por el miedo, meditando con holgado tiempo comprimido sobre su infancia en la casa de sus abuelos a orillas del Danubio, su lejana familia exiliada, sus amores frustrados adolescentes y arrepintiéndose uno a uno de sus pecados.

Nada de eso.

A la hora de la verdad, enfrentar la muerte no era más que un acto de aceptación, breve y liviano; esclarecedor, casi consolador.

El gran edificio que había sobre su cabeza temblaba como si fuera una torre de palillos en el camino de una manada de elefantes. Pronto caería sobre ella como lo estaban haciendo todos a su alrededor y ya no sabía hacia dónde correr ni dónde esconderse. Todo era destrucción a derecha, izquierda, sobre su cabeza, delante y detrás. Tan solo podía ver polvo. Oler polvo. Saborear el polvo gris que se metía por todos sus orificios. El polvo de lo que un día fueron las casas, los hogares bellos y confortables del noble centro de Hamburgo.

Ella, una simple secretaria del consulado, no iba a salvarse del bombardeo. ¿Por qué iba a salvarse? Aparte de para su fría y distante familia —que había huido del país por miedo a la guerra—, ella no significaba nada para las vidas que continuarían adelante en otros plácidos lugares del mundo, no era apenas nadie para el país convulso en el que había permanecido ni era clave para la guerra, la que todos llamaban Segunda Guerra Mundial. Se trataba solo de un peón del que se podía prescindir, lo sabía y lo aceptaba. En parte, por ello esperaba la muerte. Le extrañó escuchar dentro de sí tanto silencio. Entre los gritos, apagados por el vuelo de los aviones y el estallar de las bombas, escuchaba largos silencios. Eso era lo más infernal, un antecedente de la soledad silenciosa que iba a ser la muerte, se dijo a sí misma.

Miró el borde de su sosa y formal falda de paño y adivinó un poco más allá su zapato derecho, con el tacón roto por la carrera. Había salido a buscar café y pasteles para el cónsul cuando todo empezó. Y ahora el precioso consulado ya no existía. El lugar donde pasaba tantas horas, casi muertas pero plácidas, el lugar que le daba tanta seguridad —más que a ella, a su lejana familia— ahora era escombros y carne aplastada. Siguió mirando a su alrededor, tranquila al fin, llena de conformidad y casi de paz, esperando la piedra que se derrumbara sobre su cabeza, y entonces las vio. Las adivinó en el cielo, más allá del polvo gris. Eran cintas plateadas. Plateadas, como colas de estrellas fugaces. ¿Qué hacían allí?

Danna lo atribuyó a una señal enviada desde el mismísimo infierno. Y un segundo después pensó que eran ángeles, ángeles que bajaban a buscar las almas caídas. Bajaban desde el cielo, pero eran aterradoras. Producían un ruido sordo que no sabía a qué atribuir, aunque ahora lo relacionaba todo: las cintas eran las culpables de los silbidos y de aquel sordo silencio.

Entonces, cuando ya daba todo por perdido y esperaba que alguno de aquellos ángeles bajara a por ella, una mano de hombre tironeó de la solapa de su chaqueta de *tweed*. Se alzó en el aire gracias a aquella fuerza brutal e inesperada un segundo antes de que un balcón cayera



CHUS NEVADO

Chus Nevado nació el 29 de septiembre de 1976 en Madrid, donde reside actualmente. Es diplomada en Arquitectura Técnica, pero aunque resulte extraño habiéndose decantado por una profesión de ciencias, su mundo gira en torno a las letras. Ella misma se describe como una persona ecléctica.

Desde que tiene uso de razón, su mente ha sido un hervidero de ideas que necesitaban salir al exterior. Inevitablemente, la mejor forma de conseguirlo ha sido a través de la escritura. Adora escribir, y su gran pasión es la novela romántica.

Su primera obra, *El eslabón del tiempo*, vio la luz en 2013. Desde entonces ha participado en varias antologías y ha terminado dos novelas más, las cuales aún no han sido publicadas. A fecha de hoy simultanea el cuidado de su hija pequeña con la escritura y trabajos de corrección de textos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
www.chusnevado.es

SEMILLAS DE ESPERANZA

Laura se tocó el vendaje con cuidado y notó una punzada en su interior que iba más allá del dolor físico. En el hospital le habían dicho que tardaría semanas en recuperarse de la operación, quizá meses, pero ella sabía que la herida que le habían provocado no cicatrizaría nunca. La habían dejado vacía, y así es como se sentía: vacía de esperanzas. Ni siquiera podía llorar. Había vertido tantas lágrimas que al final terminaron por agotarse. Ya solo le quedaba un dolor infinito... y una infinita amargura. Tenía veintiocho años y le habían arrancado de sus entrañas la posibilidad de ser madre. No era justo.

Observó con tristeza el jardín. Era el orgullo de Jaime, su niño mimado, pero desde que todo aquel infierno comenzó lo había dejado de lado para centrarse en ella y cuidarla. Tampoco era justo, aunque no se encontraba con fuerzas para animarlo a recuperar su afición. ¿Cómo hacerlo si no tenía fuerzas ni para levantarse por las mañanas? El maldito cáncer los había arrastrado a ambos a una vorágine de miedo e incertidumbre, había descolocado todo su mundo y había destrozado varias de las piezas fundamentales que podrían completar el puzle de sus vidas.

Percibió la presencia de Jaime sin necesidad de haberlo oído llegar. La suave brisa de primavera le trajo el inconfundible olor de su fragancia masculina, esa que a ella tanto le gustaba.

—Hola, preciosa.

—¿Preciosa? —Laura se tocó el pelo en un gesto inconsciente de coquetería. Lo llevaba recogido de cualquier modo con una pinza y cayó en la cuenta de que tendría que cortárselo. Total, dentro de poco se le caería... —. Deberías graduarte la vista: estoy horrible.

—Y tú deberías valorarte más a ti misma. A mis ojos estás preciosa, pero es que eres preciosa. Siempre lo has sido y siempre lo serás, tanto por dentro como por fuera. Y eso no admite discusión.

Jaime se colocó a su lado y se inclinó para besarle la frente con cariño. Al menos, ya le dejaba hacerlo de nuevo. Hasta la semana posterior a la operación ni siquiera había permitido que la tocara. Sabía que tenía que ir poco a poco, Laura necesitaba tiempo y espacio para asimilar todo lo que se le había venido encima, pero él era paciente y estaría allí, a su lado, en cada paso que diera.

Laura compuso una mueca que intentaba asemejarse a una sonrisa. No quería discutir con su marido. Apreciaba sus esfuerzos por hacerla sentir un poco mejor, pero hasta ahora no lo había logrado. No era culpa de Jaime sino de ella, que no estaba nada receptiva. Dejó la vista perdida en un punto indefinido y suspiró.

—Tengo un regalo para ti —dijo él para captar su atención. Al parecer, surtió efecto porque Laura volvió la vista hacia él de inmediato—. Aunque solo te lo daré si borras de tu rostro ese aire melancólico y me regalas tú a mí una sonrisa sincera.

—Eres incorregible. Has tocado mi punto débil, sabes que me encantan los regalos. —Laura se incorporó como pudo de la tumbona y lo miró, expectante.

Jaime contuvo a duras penas el impulso de ayudarla a levantarse. Por nada del mundo haría que se sintiera una inválida, aunque le quemaran las ganas de cargarla entre sus brazos para que no hiciera esfuerzos innecesarios. Pero había conseguido atraer su interés y que su constante apatía se transformara en curiosidad.



HELENA NIETO

Helena Nieto nació en Gijón (Asturias). Desde muy pequeña sintió fascinación por la lectura y los libros. Asegura que siempre ha tenido mucha imaginación. De niña solía inventarse historias con personajes y diálogos, que pocas veces pasaba al papel, pero que tenía en la cabeza. A los catorce años escribió su primera novela que trataba sobre adolescentes y que nunca llegó a tener título.

En el año 2010 publicó *Secretos de Arena*, y en el 2011 su segunda novela *Un punto y aparte*. En el 2014, *Tras los besos perdidos*. En el 2015, *Me faltabas tú* y una novela de New Adult: *La suerte de Encontrarte*.

Ha colaborado en diversas antologías: *100 mini relatos de amor y un deseo satisfecho* (2012), *150 Rosas* (2013), *Cachitos de amor 2* (2013), *Microterrores* (2014), *Antología romántica Venus* (2016).

En julio de 2016, publicó su novela *Entre Acordes*.

En 2011, su novela *Un punto y aparte* fue nominada a los Premios Dama, como mejor novela sentimental del año.

En el 2015, su novela *Tras los besos perdidos* fue elegida como mejor novela sentimental del año 2014 por el Foro el Rincón Romántico.

Colabora de forma regular con varias revistas digitales.

LA SORPRESA DE LA ABUELA

Dillon, Montana. 2015

Annie llegó a casa de la abuela cuando aún no habían dado las tres en el reloj. Dejó la bicicleta en el porche y se dirigió hacia la puerta, que abrió con su propia llave. Le hizo un par de caricias a Neil, el perro que salió a recibirla moviendo la cola un par de veces para luego volver a tumbarse sobre la alfombra.

—Neil —dijo—, te estás haciendo viejo.

Subió la escalera a toda prisa y entró en el cuarto del final del pasillo.

Encontró a su abuela revolviendo en una gran caja que tenía sobre el escritorio, donde había varias cartas y fotografías, y caminó cautelosa hasta ella. Grace dio un respingo y murmuró algo así como que había sido pillada *in fraganti* al tiempo que se acercaba a besar a la muchacha en la mejilla.

—¿Qué haces? —preguntó Annie con curiosidad.

—Tengo que ordenar todo esto antes de que ese Dios nuestro quiera llevarme al otro mundo —respondió, girándose otra vez hacia el escritorio.

Annie sonrió. Si de una cosa presumía Grace Miller era de ser atea hasta la médula, y no podía entender que su única hija, Clarice, educada a mil años luz de la religión, profesara una beatitud empalagosa y asistiera puntualmente a todos los cultos de una de las iglesias evangélicas del pueblo.

—¿Recuerdas que mañana vas a cumplir setenta años, abuela? —preguntó la muchacha, aproximándose a ella.

Claro que lo recordaba, pero no era un tema del que quisiera hablar. No le gustaba la idea de acercarse tanto a esa etapa de la vida en la que si sobrevivía valiéndose por sí misma y sin depender de nadie sería un gran milagro. Por ahora no había necesitado ayuda y desde hacía cinco años vivía sola, en la vieja casa de su infancia, sin más compañía que la de su perro. Pero Clarice insistía en enviar a Annie, ahora que estaba de vacaciones, a hacerle compañía. No es que no lo agradeciera, pero sabía que para la chiquilla de catorce años era más una obligación que un deseo. Muchas veces había observado su gesto de fastidio y las pocas ganas de escuchar sus historias. Era normal, se decía. Estaba en la edad de corretear por ahí y no pasarse tantas horas con una vieja como ella en una casa donde ni siquiera había conexión a internet, y la cobertura para los móviles era bastante complicada.

—¿Me ayudas a bajar todo esto al salón? Allí tenemos más espacio.

Annie asintió con la cabeza y bostezó. Ya en el salón, puso gesto de hastío cuando se percató de que empezaba a llover. Tendría que permanecer dentro de la casa sin poder salir al jardín, porque no era una ligera lluvia de verano, no: estaba lloviendo a mares como si se acercara otro diluvio universal. Lanzó un suspiro al aire y se dejó caer sobre la butaca. Desde allí observó a su abuela.

Conservaba todavía ese porte distinguido que había tenido toda su vida. Sus cabellos eran blancos porque hacía mucho tiempo que había prescindido de los tintes, era alta, de huesos finos y llevaba unas gafas de montura negra que le parecían algo anticuadas.

Pensaba que su abuela tenía un estilo especial que en muy pocas mujeres de su edad había visto. Se levantó de la butaca y se sentó



LAURA MORALES

Laura Morales (1984), madrileña de nacimiento, es autora de *Emergencia de amor*, *Hijos de Asgard*, *Una canción bajo las estrellas*, *Sombras nocturnas* y *Aloha, baby*, obra finalista en el III Premio de Novela Romántica Kiwi RA (Ediciones Kiwi).

También ha participado en más de una decena de antologías publicadas con editoriales e incluso autopublicadas.

Web personal: lauramoralestejeda.wix.com/escritora

EN LA PUERTA DE AL LADO

Ya no podía más. Llevaba más de media hora intentando abrir la maldita puerta y no era capaz. «¿Pero qué había hecho para merecer esto?», se dijo a sí misma. Aquel piso llevaba más de veinte años sin que alguien lo visitara y hasta la cerradura parecía haberse fusionado con la pared.

Trató de empujar una vez más, pero no había forma. Entonces se le ocurrió golpear la puerta con el hombro, tal y como había visto en tantísimas películas. Dio unos pasos atrás, cogió aire y corrió cuanto pudo. Su hombro chocó contra la durísima madera pero esta no se movió un ápice.

—¡Joder! ¡Me cago en la p...! ¡Aaauuuch! —Se frotó el brazo lastimado. Le dolía tanto que estaba segura de que se lo había dislocado—. ¡No vas a poder conmigo, maldita seas! —Le propinó una buena patada—. Voy a intentarlo por última vez y si no, llamaré a los bomberos, que te derribarán si miramiento, hija de tu madre.

Agarró la llave, la metió en la cerradura y la giró a la vez que empujaba, pero la muy endemoniada no quería desprenderse. Maldijo por lo bajo y soltó mil improperios, hasta que escuchó una voz masculina a su espalda:

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias —respondió sin girarse—. Esto ya es personal.

Nada, era imposible. Desistió. Llamaría a los bomberos.

—¿Puedo probar? —dijo de nuevo aquel chico, que acababa de aparecer por la escalera—. Soy Daniel. —Le ofreció su mano.

—Calíope —respondió ella, mirándolo por fin. Se quedó completamente atontada al verlo.

Era el chico más guapo que había visto en su vida. Moreno, de ojos grandes y verdes como un prado en primavera, una sonrisa arrebatadora y dos hoyuelos junto a ella.

—¿Has dicho Calíope? —rio.

—Mis... Es culpa de mis padres, eran muy frikis.

—Pues me gusta. Déjame la llave, voy a intentar abrirla. —Calíope se la entregó—. ¿Conocías al señor Downey? —preguntó mientras la introducía en la cerradura.

—Era mi tío abuelo. Desgraciadamente me ha dejado de herencia este marrón. —Señaló la puerta—. Encima que he tenido que dejar Valencia para venir a Madrid, me toca pagar este «legado» —entrecorrió— y lidiar con una puñetera puerta.

—Siento lo de su muerte.

—¿Y tú de qué lo conocías?

—Vivo justo ahí. —Señaló la vivienda que pegaba con la de su tío abuelo.

—Lo lamento —rio—. ¿Cuánto llevas aquí viviendo?

—Toda la vida. Veintiséis para ser exactos. Mis padres se han ido a vivir a Barcelona y yo estoy aquí de okupa. —Sonrió—. ¡Ya está! —De pronto, la puerta se abrió—. Es que no encajaba bien la llave. Toma. —Se la devolvió.

—Ahora me toca lo peor, tirar toda la basura que acumuló durante años...

—¿Quieres que te eche una mano?

—No es necesario, seguro que me toca contratar a alguien porque está infectada de cucarachas. O algo peor...: arañas —se estremeció al pensar en ellas. Les tenía pánico.

—Déjame que me cambie de ropa y te ayudo.



LOLA SÁNCHEZ

Nací entre olivares, el 7 de junio de 1977, en pleno corazón de la campiña sevillana, en la localidad de Arahal. Mis primeros comienzos con la escritura se fueron concretando en la adolescencia, donde tuve una época en la que solo escribía poesía. Durante los años de la facultad, donde terminé licenciándome como Historiadora del Arte, comencé a escribir relatos cortos, sin olvidarme de la poesía. La escritura siempre me ha acompañado en momentos donde necesito sacar todo lo que pesa; para mí es una terapia maravillosa, para conocerme y descubrir mi alma. La lectura me acompaña cada día y he devorado muchos libros, de diversos géneros, aunque tengo una debilidad tremenda por la literatura romántica, la novela histórica y los temas que tengan que ver con la filosofía oriental y la espiritualidad. Todas mis publicaciones han sido de relatos y mini relatos; entre estos ya ha habido alguna colaboración solidaria. Mi reto es escribir mi primera novela, que he tenido que dejar parada ya que hace muy poco llegó a mi vida mi hijo Noah. Para difundir parte de mis escritos tengo un blog personal: lolasanchezmiespaciointerior.blogspot.com.es/

UN LUGAR MÁGICO

La vida de Ángel era un desastre. Su rebeldía lo había llevado a estar más de una noche, y de dos, entre rejas. Como siempre, su hermana Nuria lo sacaba de todos los atolladeros. Nuria era dos años mayor que él y entendía perfectamente la rebeldía de su hermano, pues tras la muerte repentina y brutal de sus padres Ángel había cambiado su carácter, se había rodeado de malas compañías y solo buscaba peleas y conflictos. Era la manera de liberar su rabia por todo lo ocurrido.

Ni los psicólogos ni los meses que estuvo internado en un reformatorio atenuaron su malestar interior. Y ya no eran unos niños, ambos superaban la veintena.

—Más habría valido que me hubieras dejado allí.

La escena se repetía una y otra vez, como el día de la marmota. Y Nuria le respondía lo mismo, una y otra vez.

—Sé que volverás, y hasta que no regreses no pararé.

A continuación, Ángel se encerraba en su habitación. En esta ocasión su hermana le tenía preparado algo que no esperaba. Algo que quizás le recordara su verdadero ser. Reiteraba su rutina como un autómatas, observándose primero en el espejo. Al mirarse en él recuperaba la frustración que lo mantenía vivo. Su pelo largo y negro le caía

por encima de los hombros, la barba de varias semanas le otorgaba un aspecto siniestro, y sus verdes ojos apenas brillaban, cegados por la impotencia. Su mirada se detuvo en el reflejo de una joven que lo observaba sentada en el borde de la cama.

—Qué demonios... —susurró entre dientes.

Se giró con la intención de echarla de su refugio.

—Enseguida me voy —respondió ella, cabizbaja—. Solo quería dejarte esto.

Llevaba en su regazo un cuaderno, que colocó encima de la cama. Después se incorporó, abrió la puerta del dormitorio en silencio y se marchó.

Nuria observó cómo Guiomar bajaba las escaleras con lágrimas en los ojos. Ambas se fundieron en un abrazo, consolándose.

—No lo reconozco, Nuria —las palabras salían llenas de congoja.

—¿Le has entregado el cuaderno?

Guiomar asintió y ambas se miraron, un leve gesto de esperanza se dibujó en sus caras.

—Solo nos queda esperar y ver si reacciona.

—Tengo mis dudas, Nuria, éramos muy niños...

—Por eso sé que puede funcionar. Sé que nunca ha podido olvidarte, fuiste muy especial para mí pero, sobre todo, para él.

—Presentía que me ibas a encontrar. Llevaba varias semanas con vuestra imagen en la mente y sabía desde hace tiempo que algo grave os había pasado.

—Fue un cúmulo de casualidades lo que me llevó hasta ti al encontrar el viejo cuaderno. En la tapa trasera tenía tu nombre completo y el nombre secreto con el que te llamábamos, el resto fue fácil: introduje tus datos en Facebook y te localicé.

Guiomar ojeó su reloj.

—¿Tienes que irte...?

—Sí. Mi vuelo sale a las nueve y mañana tengo consulta.

—Tu trabajo te viene como anillo al dedo.

—Ya sabes, lo llevo en la sangre —abrazó a Nuria y la besó—. Le he dejado una carta personal dentro del cuaderno.



M. CARMEN CASTILLO

M^a Carmen Castillo Peñarrocha nació en Castellón de la Plana en 1962. Trabaja como auxiliar administrativo en el Ayuntamiento de Castellón de la Plana.

Su relato *Reflexiones al borde del abismo* obtuvo el 2º premio del Concurso «Relatos de Mujeres» en el año 2003.

Ha participado en numerosos libros colectivos con las editoriales Acen, SAR Alejandría, Unaria Ediciones y la Pajarita Roja Editores, entre los años 2012 y 2015.

Publicó la trilogía de temática fantástica con la editorial SAR Alejandría: *Rol Sangriento* (2013), *Una noche de lluvia de estrellas en Castellón* (2014) y *¿Vampiros en el Ribalta?* (2014).

Con la editorial Unaria Ediciones, publicó la recopilación de relatos inquietantes *Desde la penumbra*. *Gardenia* fue su primera incursión en la narrativa erótica, dentro de la colección «CastellónEROS» de Editorial Unaria, en 2015.

Su microrrelato «π» resultó ganador en el concurso «π Day», convocado por la editorial Unaria Ediciones en el año 2015.

Secretos en alcanfor es su primera novela, editada en 2016 por Unaria Ediciones, participando con ella tanto en la edición de Castelló Negro 2016 como en la I Feria Nacional de Novela Romántica celebrada este verano en Benicasim (Castellón).

SÍNDROME DE ESTOCOLMO

1

Me llamaba Alba. Ese era mi nombre. Debería concentrarme para calcular cuánto tiempo ha pasado desde entonces. En aquel tiempo el mundo era distinto. Tenía una familia, un buen empleo y, para colmo de satisfacción personal, comenzaba a destacar como escritora.

Yo era muy observadora, siempre lo he sido. Buscaba a mis personajes entre las personas de carne y hueso. Escuchaba sus conversaciones y a partir de simples retazos obtenidos de ellas componía una historia con muy poco esfuerzo. Y esas dotes de observación me llevaron a encontrarme con mi destino.

Recuerdo que todo ocurrió una lluviosa tarde de principios de otoño. Había quedado con unos amigos para tomarme un vermut en un afamado café de Barcelona, el Zurich, situado en plena Plaza Catalunya. Hablábamos apostados junto a la barra y, sin que me diera cuenta, mi vida cambió cuando entró él.

A primera vista era atractivo. Vestía un original traje de un peculiar color granate, al estilo de los años setenta. Me recordó un poco a David Bowie en sus primeros tiempos. Pero lo que me llamó la atención fue un broche *vintage* que lanzaba destellos de color violeta desde su solapa, algo bastante inusual en un hombre. Ni siquiera yo tenía la costumbre de lucir broches, aunque tenía algunos muy bonitos que había heredado de mi abuela.

En ese momento dejé de atender la conversación que mantenía con mis amigos y todos mis sentidos se centraron en aquel extraño hombre. Tenía el cabello castaño y las patillas resaltaban sus pómulos. Los ojos oscuros le brillaban, pero percibí una aureola triste que lo rodeaba. Después de mirar a su alrededor durante unos segundos, como si buscara a alguien, se sentó en una mesa aislada. Allí se quedó inmóvil, mirando el vacío.

No sé el tiempo que pasó desde que entró hasta que uno de mis amigos, no recuerdo cuál, me llamó la atención porque yo parecía flotar en el limbo. Fue como si me despertara de un sueño en el que había caído en mitad de la conversación. Se rieron de mí mientras intentaba volver al mundo real, balbuceando disculpas. Cuando me giré de nuevo hacia aquella mesa, él ya no estaba.

No puedo describir la frustración que llegué a sentir por la desaparición de aquel simple desconocido. Esa sensación duró mucho más tiempo de lo conveniente y razonable. A ratos me invadía el desasosiego, sufría insomnio y durante el día no podía funcionar con normalidad. Valoré la posibilidad de que me hubiera enamorado como una colegiala, pero era tan absurdo que lo deseché de inmediato. Yo estaba casada y tenía dos hijos. Era una mujer adulta y responsable. De acuerdo, alguna vez me había sentido algo atraída por algún hombre, como todo el mundo. Simples encaprichamientos que nunca pasaron de miradas y coqueteos. Nunca fui infiel a mi marido y no pensaba comenzar entonces. Era inaceptable la fijación que sentía por un desconocido que solo había visto durante un breve instante.



MENCHU GARCERÁN

Menchu Garcerán fue la ganadora del premio internacional TERCIOPELO en 2010, con la novela *La fórmula deseada*. En el 2016 ha tenido una mención especial en el Premio Harlequin (HarperCollins) con la novela titulada *Alma*.

Otros títulos de la autora:

El viaje del presidente (2010); *Infiltrada* (2011), nominada a los premios DAMA y una de las novelas más vendidas en el último trimestre de ese año; *El último carnaval* (2013), nominada a los premios DAMA; *La huida de Carol* (2014), nominada como mejor novela de suspense romántico nacional en los premios RNR; *Dos viejos desconocidos* (2014); *El palacio de invierno* (2015), nominada como la mejor novela de suspense romántico en los premios DAMA.

Menchu es profesora de lengua española y francesa. Actualmente trabaja en el desarrollo de programas culturales en Albacete, donde vive con su marido y sus dos hijos.

SIN LÍMITES

Llegaba tarde. Otra vez. Se puso la bandeja con los dos cafés en una mano y agarró el maletín con la otra. Tras mirar a izquierda y derecha, se aventuró a cruzar la calle. Lo hizo todo lo rápido que los altos tacones le permitieron. Respiró con alivio al llegar sin novedad a la puerta del edificio donde trabajaba, se giró un poco y la empujó con la cadera. Cedió sin problemas. Recordaba que otras veces le costaba más esfuerzo hacer que se abriera. «Demasiado fácil», se dijo cuando comprendió lo que pasaba. Alguien la había abierto desde dentro al mismo tiempo que ella empujaba. Le resultó imposible mantener el equilibrio. La inercia que llevaba la catapultó hasta el suelo.

Y así fue su entrada triunfal en el trabajo esa calurosa mañana de julio: sentada en el suelo del vestíbulo con todos los ojos clavados en ella. Milagrosamente no había soltado las bebidas, aunque sí despararramado todos los papeles del portafolios.

—Señorita Zúñiga —tronó la voz de su jefe, que era quien había abierto la dichosa puerta—. Es usted un peligro para su propia seguridad. ¿Nos honrará algún día con un ápice de esa sensatez que todo el mundo me dice que tiene, pero que yo nunca he visto?

Marina apenas escuchó lo que le decía; por otra parte, ya estaba acostumbrada a esas pequeñas «broncas» del hombre para el que

trabajaba. Era conocido por todos que les gustaba incordiarlo el uno al otro pero, en el fondo, se apreciaban más de lo que ambos estaban dispuestos a reconocer.

En ese momento, su atención se centraba en el acompañante de Roldán, que la miraba con una intensidad capaz de poner nervioso al ser más templado. Lo reconoció de inmediato. El muy cobarde había desaparecido meses antes y durante ese tiempo no dio señales de vida. Miró con aire ausente su figura atlética y se perdió en esos ojos metálicos y fríos. De repente, fue consciente de su situación. Se sintió ridícula. Sentada en el suelo, rodeada de papeles y con los cafés a punto de caer sobre ella como si fueran una fuente de líquido oscuro y caliente. Sopló en un gesto nada elegante para retirar el flequillo de los ojos.

—¿Está usted bien?

El superhombre se había dignado bajar hasta su altura para interesarse por su estado. ¿Qué pregunta era aquella? ¡Pues claro que no estaba bien! ¿Es que no tenía ni una pizca de sensibilidad en sus venas?

Antes de que pudiera responder, Roldán alargó la mano y le sujetó la bandeja.

—Ande, traiga, que solo nos faltaba que se duchara usted con esto.

Ella le lanzó una mirada incendiaria y obedeció. Al mismo tiempo, otra mano cálida, fuerte y segura la agarró por debajo de los brazos y la izó hasta ponerla de nuevo sobre sus inestables tacones.

—Gracias —acertó a titubear. De pie, sus ojos llegaban a la altura de la boca de su buen samaritano. Suspiró con aire soñador.

—¡Señorita Zúñiga!

Ese gruñido la devolvió a la realidad.

—Sí, señor. Lo siento, señor Roldán. Muchas gracias y disculpen mi torpeza.

Resultaba evidente que no sentía en absoluto haberlos molestado. Lo único que sentía era haberse mostrado ante el hombre más atractivo de la creación como un ser patoso y algo loco.

—Tome los cafés. Seguro que su compañera está esperando el suyo y se mostrará encantada de que esta vez no lo haya perdido por el camino.



MERCEDES PERLES

Mercedes Perles vive en Denia, rodeada de su familia y sus amigos. Lectora compulsiva, lleva escribiendo desde que tiene uso de razón. Tiene cinco libros autopublicados y su último trabajo, *¿Quién me lo iba a decir?*, ha resultado ganador del X Certamen de romántica de la editorial Terciopelo y fue publicado el 19/06/2016.

POR VER TU SONRISA

La incertidumbre se apoderó de ella. La espera se hacía interminable y la zozobra crecía en su interior. Jamás en toda su vida había sentido tanto miedo. Cuando oyó su nombre, apenas pudo ponerse en pie. Le temblaban las rodillas, al igual que el resto de su cuerpo. A duras penas, pasó a la consulta del médico. La doctora la observó con preocupación, y eso hizo que el temor creciera dentro de ella. Tomó asiento, casi dejándose caer en aquella silla, y rezó ante lo que le pudiera decir aquella mujer.

—Señorita Alcaide, me temo que no tengo muy buenas noticias para usted. —Ella no respondió. Se limitó a estrujarse los dedos en señal de nerviosismo—. En el TAC se observa que tiene una masa en el útero, y los resultados de la biopsia que le hicimos nos dicen que no es benigna. Hay que operar.

—¿De qué tipo de operación estamos hablando, doctora? —preguntó a duras penas, y sacando fuerzas de donde no las tenía.

—Muy a mi pesar, me temo que vamos a tener que extirparle el útero. Luego se le darán sesiones de quimioterapia para prevenir que el cáncer pueda extenderse a otras zonas.

—¿Extirpar? —su voz era apenas un susurro casi inaudible—. ¿Significa eso que no podré tener hijos?

—Eso me temo —respondió la doctora, sabiendo que con sus palabras iba a causar más dolor a la joven. Amanda simplemente rompió a llorar cuando comprendió que su sueño, el de ser madre, jamás se cumpliría.

No obtuvo consuelo en las palabras de la doctora ni en las de su madre. Para mayor pesar, su novio, aquel con el que llevaba saliendo más de cinco años y con el que había planeado casarse y tener hijos, no supo qué responderle y la miró de una manera extraña. Una semana después de aquella cita, tras dos visitas más a la doctora y al oncólogo, Amanda entró en quirófano. Dos días después de la operación, estando ya en la habitación del hospital, recibió el segundo peor golpe que podía recibir. Su novio la dejaba. Según él, no era culpa de Amanda sino suya: no sabía cómo afrontar aquella situación y necesitaba un tiempo para reflexionar. La quería, pero en ese momento necesitaba estar solo para pensar. El mundo de Amanda se desmoronó, y se sumió en una depresión que fue consumiéndola poco a poco. Sin ganas de comer, de salir de casa, de reír o de comer, dejaba que los días pasaran, uno tras otro, encerrada en su habitación. Ni siquiera era consciente de que sus padres la llevaban a las sesiones de quimioterapia. Ella, simplemente, se limitaba a llorar. Su madre, preocupada por la situación, habló con el oncólogo, que le recomendó que la viera la psicóloga del hospital. Allí le dieron unas pautas a seguir y unos consejos sobre cómo tomarse todo lo que le estaba sucediendo. Su madre no creyó que aquello fuera a funcionar, y no iba mal encaminada porque Amanda no hizo mucho caso a lo que la psicóloga le dijo.

Tres meses después de la primera sesión de quimioterapia, un mensajero llamó a la puerta. Su madre abrió y el chico apareció tras un enorme ramo de flores.

—Traigo esto para Amanda Alcaide. ¿Me puede firmar aquí? — El muchacho le pasó una carpeta para que firmara. Tras rubricar, darle cinco euros de propina al chico y coger el ramo de flores, fue casi corriendo hasta el salón, donde su hija hacía como que veía el televisor.

—Amanda, cariño, han traído esto para ti. —La joven giró la cabeza y miró a su madre. Cuando vio lo que llevaba en las manos,



NIEVES HIDALGO

Nieves Hidalgo nació en Madrid. Escribe desde hace muchos años, al principio por simple afición y divertimento, hasta que se publicó su primera novela, *Lo que dure la eternidad*, con la que consigue hacerse un hueco en el panorama del romance literario, algo que se consolidó con la siguiente, *Orgullo sajón*.

En 2009 fue ganadora de dos Premios Rincón de la Novela Romántica como Mejor autora y Mejor novela por *Orgullo sajón*, y dos Premios Dama, como Mejor escritora nacional de romántica y Mejor novela romántica española, por *Amaneceres cautivos*, incluida en 2010 en *Círculo de Lectores*, con lo que es la primera escritora de romántica publicada en su catálogo.

También han sido publicadas: *Hijos de otro barro*, *Luna de Oriente*, *Noches de Karnak*, *Lobo y Brezo blanco*, *Brumas*, *El Ángel negro*, *Tierra salvaje*, *Lady Ariana*, *Alma vikinga*, *Destinos cautivos*, *Dime si fue un engaño* y *la trilogía de los Gresham*, colaborando a la vez en varias Antologías.

La Página rasgada, una novela costumbrista, completamente alejada de la romántica, ha demostrado que se encuentra cómoda escribiendo cualquier género.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<http://nieveshidalgo.blogspot.com/>

UN MOTIVO PARA VIVIR

— Ya estás seleccionando tus cosas? Aún falta una semana para tu marcha, no entiendo las prisas. Emily bajó la tapa del pequeño baúl y se volvió, atendiendo al tono quejumbroso de su hermana menor.

—Me voy dentro de una semana, sí, pero sabes que me gusta organizarme con tiempo. Llevaré lo imprescindible, de modo que lo que deo puedes repartirlo entre el servicio o donarlo. En el campo no necesitaré tantos trajes.

—¿No puedo hacerte cambiar de opinión? ¿Por qué no te lo piensas? Eres joven, tienes toda la vida por delante. ¿Qué demonios vas a hacer enclaustrada en Refuge? Es como enterrarse en vida y mamá está desolada.

—Ni mamá ni papá me echarán de menos, al contrario, para ella supondrá una bendición no tener que pelear conmigo y se podrá dedicar en cuerpo y alma a preparar tu boda, no está preocupada por nada más. —Había tomado la decisión de trasladarse a la casa que heredara de su abuela materna, tras la inesperada muerte del hombre con el que iba a casarse. No lo amaba, su compromiso había sido un simple trámite entre familias y ahora nada la retenía ya en la ciudad.

Londres la agobiaba con sus ruidos y su suciedad, y soñaba con poder dedicarse a lo que le gustaba, la pintura, rodeada de bosques, lagunas y silencio. ¿Enterrarse en vida, decía su hermana? Tal vez. Lo cierto es que, salvo la pintura, nada la ataba al mundo, nadie la necesitaba, y hacía mucho que se sentía como una cáscara vacía—. Anda, ayúdame a doblar todo esto.

—Lo iré haciendo yo, déjalo de mi cuenta. A cambio, sí me puedes hacer un favor: llévate cuatro cajas de libros al orfanato de Saint Nicholas, voy a donarles mi colección de cuentos infantiles.

Emily enarcó las cejas, extrañada por la petición, intentando averiguar si su hermanita se traía algo entre manos, como era su costumbre.

—¿Por qué no los llevas tú misma?

—Tengo una jaqueca horrible. Me la estás provocando tú, con tu insistencia en marcharte. Además, Will viene a recogerme. Hemos quedado en dar un paseo por Hyde Park y charlar sin intromisiones de terceros a propósito de la lista de invitados. Si lo dejamos en manos de mamá, convidará a la mitad de Londres.

Emily se echó a reír.

—Os deseo suerte, pero mucho me temo que no conseguiréis gran cosa estando mamá de por medio.

—Ya veremos. ¿Te encargas de los libros, entonces? Peter conoce el camino y las cajas ya están cargadas en el coche. Cuando llegues, pregunta por Therese Felton o por Brad Rowling. Y por favor, vuelve a pensar si es buena idea recluirte en Refuge, ¿de acuerdo?

Clarissa le dio un beso en la mejilla y salió a escape del cuarto. Ella se quedó un instante mirando la puerta. Iba a echar mucho de menos a aquella locuela. Era la única persona a la que iba a echar de menos.

El orfanato de Saint Nicholas se ubicaba en un edificio de cuatro plantas, cuadrado, de piedra oscura y tejados grises, a las afueras de la ciudad, en una zona deprimida. Era la primera vez que iba allí. Parecía más un presidio que un lugar de acogida para huérfanos y niños abandonados y, como cada vez que se acercaba a una institución similar,



TERESA CAMESELLE

(Mugardos, 1968). Tras cursar un taller literario y recibir distintos premios y menciones en certámenes de relato corto, gana el Premio Talismán de Novela Romántica con su primera novela, *La hija del cónsul*, en 2008. Desde entonces se suceden las publicaciones, los premios, y la participación en eventos literarios.

En el año 2013, fue seleccionada por los lectores de Club Romántica como una de las cinco mejores escritoras nacionales de literatura romántica.

BIBLIOGRAFÍA

Novelas publicadas:

La hija del cónsul (Premio Talismán), *No todo fue mentira*, *Falsas ilusiones*, *El mapa de tus sueños*, *No soy la Bella Durmiente* (Premio Dama), *Quimera* (Premio Vergara – El Rincón Romántico), *La decisión de Blanca*.

-Ha publicado además relatos en múltiples antologías, con diversos premios y menciones en diferentes certámenes.

Blog: www.teresacameselle.com

Web: <http://teresacameselle.wix.com/tere...>

Email: teresacameselle@gmail.com

Redes sociales: Twitter, Facebook, Goodreads, Google +, Pinterest, Instagram.

LA MADRE DEL NOVIO

Pues yo creo que te tira de la sisa. Sí, sí, de aquí. Estira los brazos, adelante, junta las palmas. ¿Ves? Te queda tirante. Es la sisa, hay que aflojarle la sisa.

Me miro en el espejo con las manos unidas ante el pecho, como si rezara. Si sirviera de algo... Miro hacia arriba, al techo infinito del probador, buscando una señal divina, una indicación de que mi tortura terminará pronto.

—Y el color... No sé, no sé.

—Mamá... Es negro.

—Ya, precisamente, eso es lo que digo. Habiendo tantos colores más alegres y favorecedores, hijo. Que digo yo, que qué hay de malo en el azul, en el gris marengo... Pero negro... Negro es de luto.

Pues eso, de luto, como mi corazón en este momento. Para trajes de novio estoy yo hoy, que ni sé si aún tengo novia, ni nada de nada.

—Es un esmoquin, mamá, tiene que ser negro.

—¿Y por qué tiene que ser un esmoquin? ¿Por qué no vas de chaqué? Con lo que a mí me gusta el chaqué. Cuando se casó tu primo Martín llevaba uno que era un primor. Y eso que él no es precisamente la mejor percha, que ya sabes que siempre anda muy cargado de hom-

bros, que parece que lleve una bombona de butano a la espalda. Pero el día de su boda...

Levanto los ojos de nuevo, buscando un cielo inexistente. Por el rabillo del ojo veo a mamá, hablando y hablando, con esa manía que tiene de repetir varias veces la misma palabra hasta vaciarla de significado. Chaqué, chaqué, chaqué... Quecha, quecha, quecha...

La culpa la tiene Mónica. Que si «llama a tu madre para que vea el traje». Que si «le va a hacer ilusión». Que si «la pobre tiene que estar muy aburrida todo el verano metida en el pueblo». ¡En el pueblo! Si ha sido la mejor idea que mi madre ha tenido en años. Irse para el pueblo y dejarme solo; todo el piso para mí, para estar a solas con Mónica, invitar a los amigotes a jugar a las cartas o echarme unas partidas a la *Play*, comer *pizza* y comportarme como un adolescente guarrete e inconsciente. Joder, que me queda un mes, que estoy en capilla. Que Mónica me ha trincado por los mismísimos y ahora sí, ahora toca ser adulto, y pagar una hipoteca, y la luz y el gas...

O no. A lo mejor no es tan mala idea pasar de todo esto de la boda, seguir con mi vida de alegre soltero. Lo que no sé es por qué me duele el pecho cada vez que lo pienso, justo ahí, en el centro, como si me hubieran dado un puñetazo.

—Roberto, ¿me escuchas?

—Sí, mamá.

—Estabas en Babia.

—Que no, que te estaba escuchando.

—Ni caso, hijo, tú siempre en las nubes. Oiga, por favor...

Eso, eso, que le dé el coñazo al dependiente mientras aprovecho para quitarme la chaqueta. Pero no, ya vuelve. Al ataque.

—Le tira de la sisa. ¿No lo ve usted? Si engorda cien gramos de aquí a la boda, ya no le sirve. Y eso que siempre ha sido muy delgado, que no vea lo que he tenido que hacer para que se alimentara bien, que nada de lo que le daba de comer le gustaba...

El dependiente tiene la sonrisa *profidén* congelada en los labios. De un momento a otro su rostro petrificado comenzará a descomponerse y caerá al suelo en pedazos. Pero ella sigue y sigue, incansa-



YOLANDA QUIRALTE

Bruja piruja de nacimiento, siempre supe que lo mejor que podía hacer era escribir. Al principio solo eran hechizos, poemas entrelazados y algún que otro sueño. Con el tiempo, mis pequeños encantamientos fueron convirtiéndose en novelas histórico-románticas, aunque de vez en cuando, para trabajar la gamberra que habita en mí, me gusta escribir comedias locas y algún que otro relato como el que tienes entre manos.

Mis pócimas anteriores son:

Dónde está la luna - 1ª Edición Éride. 2ª Edición Acen.

LLuvia sobre el corazón - 1ª Edición La Máquina China. 2ª Edición Harper Collins.

Adoro a Mauro - Ed. Divalentis.

Mauro, yo soy tu madre - Ed. Intrépidas.

Mi secreto - Harlequin-Harper Collins.

Cotton Bride - Harlequin-Harper Collins.

Gaëlle - Unaria.

Mauro, yo soy tu madre - Ed. Zafiro-Planeta.

Puedes seguir mis andanzas en:

yolandaquiralte.blogspot.com

facebook.com/yolanda.quiralte

twitter.com/yolandaquiralte

MUCHO MÁS

—**P**erdona... Sí, tú, la chica de la boca de fresa y la camiseta de...

Martha se giró con gesto de querer partirle la cara a alguien. No estaba teniendo un día apacible, ni mucho menos. Acababa de perder un caso de los llamados «imperdibles» en el juzgado por culpa de la ausencia de sensatez de su cliente, y eso solo podía presagiar dos cosas:

1. Un mal humor instalado en su disco duro equivalente al *big bang* y a una fusión nuclear conjunta.
2. Un dolor de cervicales horroroso que, como era habitual, comenzaba a instalarse en su cuerpo.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Te has levantado con ganas de decir me-meces?

Albert sonrió. Fue el único recurso que su cerebro encontró ante el bufido que le había dado la maleducada de turno, que para más inri no era otra que Martha Norris, de profesión abogada y de alma retorcida.

—¿Vas a estar ahí sonriendo en medio de la calle? ¿Para eso me has llamado?

—Veo que sigues tan «encantadora» como siempre. Dan ganas de salir corriendo.

—¡Nada te lo impide! —exclamó Martha, extendiendo el brazo como queriendo darle paso al desconocido que le hablaba con sorna desde la acera.

—Se te ha caído la cartera, simpática. Solo quería dártela, ahora que si prefieres que me la quede, tú misma.

Martha gesticuló desde la calzada. Parecía no darse cuenta de que los coches pasaban a su lado, pitándole sin piedad. Solía sucederle a menudo. Cuando perdía en los tribunales, le entraba como un cosquilleo nervioso por todo el cuerpo que la dejaba en estado de shock hasta que encontraba la forma de apelar, algo que siempre sucedía... excepto en este caso, claro, porque el imbécil de su cliente había admitido ante la juez Berta Murray haberle cruzado la cara a su jefe cuando este le bajó el sueldo sin ninguna explicación, llevándose tras él todo el alegato de defensa que tenía preparado para demostrar las tiranías varias del mamón de su superior.

—¡Respira! ¡Eh, que te ahogas! Veo que no has corregido la manía de hablar en voz alta. Curiosa costumbre.

Una casi asfisiada Martha abrió la boca... para respirar. Sí, estaba sin aire, y sí, acababa de ponerse a chillar entre coche y coche mientras se acercaba corriendo hacia el sujeto de insoportable sonrisa que le hablaba como si la conociera de toda la puñetera vida.

—¡Devuélveme la cartera ahora mismo o te planto una denuncia por hurto que te va a tener retenido en comisaría hasta que a mí me dé la gana!

—Mira, guapa —respondió Albert, riendo para no cabrearse aún más—, por si no lo has notado, tienes a toda esta acera —señaló con el dedo—, y también a toda la otra —volvió a indicar— pendiente de los gritos que estás pegando. A estas alturas ellos piensan, al igual que hago yo —matizó—, que estás chalada perdida y que solo soy un buen samaritano que intentaba devolverte algo que se te había caído.

—¿Quién coño te crees que eres para hablarme así?

ROSARIO RARO Prólogo	9
ANA ÁLVAREZ Volver	11
BELA MARBEL Fuerza infinita	21
CATHERINE ROBERTS Las cintas plateadas	33
CHUS NEVADO Semillas de esperanza	47
HELENA NIETO La sorpresa de la abuela	57
LAURA MORALES En la puerta de al lado	67
LOLA SÁNCHEZ Un lugar mágico	81
M. CARMEN CASTILLO Síndrome de Estocolmo	93
MENCHU GARCERÁN Sin límites	109
MERCEDES PERLES Por ver tu sonrisa	121
NIEVES HIDALGO Un motivo para vivir	131
TERESA CAMESELLE La madre del novio	141
YOLANDA QUIRALTE Mucho más	157